

La inmortalidad de la fama y Baltasar Gracián: Discurso de ingreso de Aurora Egido en la Real Academia Española

The immortality of fame and Baltasar Gracián. Entrance speech of Aurora Egido into the Royal Spanish Academy

ALMUDENA VIDORRETA TORRES
The Graduate Center (City University of New York)

La designación de Aurora Egido para ocupar el sillón B de la Real Academia Española supuso la culminación de una dilatada trayectoria, tras galardones entre los que destacan el Premio de Investigación de Humanidades «Ramón Menéndez Pidal» o su nombramiento como académica correspondiente de la Academia Británica. Su tesis doctoral, dirigida por José Manuel Blecua Teijeiro y dedicada a la poesía aragonesa del Barroco, dio paso a un sinnúmero de trabajos que convergen en el reconocimiento internacional de la autora como una de las mayores especialistas de la literatura áurea en general, con particular interés por autores como Santa Teresa, Cervantes o Calderón de la Barca, además del que ahora nos concierne: Baltasar Gracián.

Algunos de los más recientes trabajos que Aurora Egido ha dedicado al estudio del belmontino fueron compendiados en el volumen titulado *Bodas de arte e ingenio* (2014). Allí aparecieron reunidos artículos de más de una década bajo el marbete que, en forma de «alianza matrimonial», engloba lo conceptual y lo elocutivo de dichas indagaciones, sin que falten por ello acercamientos a la recepción de la literatura de Gracián y su fortuna crítica. La revisión de esas publicaciones revela un amplio panorama de los estudios vigentes sobre el escritor aragonés,

que sigue perfilándose como un clásico al margen de etiquetas temporales, capaz de atisbar algunas de las cuestiones estéticas que más han preocupado a autores del siglo XX a uno y otro lado del Atlántico, según atestiguan los casos de Borges o Monterroso¹.

Casi al mismo tiempo que las *Bodas de Arte e ingenio*, vio la luz otro libro clave para el entendimiento de la producción graciana, que apunta nada menos que a *La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián*². Nacido en el marco protocolario del discurso leído con motivo de la toma de posesión por parte de Aurora Egido de su plaza en la Real Academia Española, el día 8 de junio de 2014, el texto vio la luz con el apoyo de la Institución «Fernando el Católico». Respondió al discurso Pere Gimferrer, poeta y académico desde 1985, además de estudioso de la obra de Ramón Llull. El texto de Aurora Egido ahonda nuevas perspectivas y dialoga en numerosos apartados con el citado *Bodas de arte e ingenio*, pero también con otros libros de la autora, como *La rosa del silencio. Estudios sobre Gracián* (1996), *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián* (2000), *Humanidades y dignidad del hombre en Baltasar Gracián* (2000). No menos importantes son en este propósito otras de sus publicaciones, tales como el estudio crítico de su edición de *El Discreto* (1997), sus introducciones para la de *El Criticón* firmada por Carlos Vaíllo (2001) y la de *El Comulgatorio* (2003), anotado por Miquel Batllori y Luis Sánchez Laílla, además de las que abren sendas ediciones al cuidado de este último: la de las *Obras completas* de Gracián (2001) y la de *El político don Fernando el Católico* (2010), respectivamente³.

Completan esas referencias estudios preliminares de Aurora Egido para los facsímiles de *El Político* (1985; 1998; 2000), *El Héroe* (2001), *El Discreto* (2001), *Oráculo manual y arte de prudencia* (2001), *El Comulgatorio* (2003), *Arte de ingenio. Tratado de la agudeza* (2005), *Agudeza y arte de ingenio* (2007) y *El Criticón* (2009)⁴. Además, con

1. Las páginas a ellos dedicadas en el libro *Bodas de arte e ingenio. Estudios sobre Baltasar Gracián* tienen su origen en otro importante libro de la autora, *El Barroco de los modernos. Despunttes y respuntes* (2009).

2. Aurora Egido, *La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián. Discurso leído el día 8 de junio de 2014 en su recepción pública*. Con contestación de Pere Gimferrer, Madrid, Real Academia Española-Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2014, 355 páginas.

3. En preparación se encuentra la edición de *El Criticón*, con un exhaustivo aparato crítico elaborado por José Enrique Laplana, Luis Sánchez Laílla y María Pilar Cuartero.

4. En la página *Gracián Virtual* (<<http://unizar.es/gracianvirtual>>) puede consultarse una bibliografía completa de toda la producción y materiales de lectura que ofrecen los miembros de los grupos de investigación dirigidos por Aurora Egido desde la Universidad de Zaragoza, gracias a las ayudas del Ministerio de Educación y Ciencia del Gobierno de España («Edición crítica de las obras completas de

motivo de la celebración del cuarto centenario del jesuita, coordinó en 2001, junto con María del Carmen Marín, el libro *Baltasar Gracián: estado de la cuestión y nuevas perspectivas*, fruto de más de una decena de autores que revisaron los estudios y la bibliografía emanados de la obra graciana; y, en colaboración con José Enrique Laplana, Fermín Gil Encabo, Luis Sánchez Laílla y María del Carmen Marín, las *Actas I y II de Baltasar Gracián. IV Centenario: Pensamiento y erudición*, y *Baltasar Gracián en sus obras*. En ellos se actualiza el panorama presentado en las actas del *Primer Encuentro de filólogos aragoneses sobre Gracián y su época* (1986), donde la contribución de Aurora Egido (luego recogida en *La rosa del silencio*) giraba en torno a *El Criticón* y «el arte de la memoria». Esa es, precisamente, la «facultad o potencia natural que confiere al ser humano marcas de inmortalidad o divinidad» (1996: 133), aspecto central de *La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián*.

Las primeras páginas del discurso de la académica entrante están dedicadas al recuerdo y homenaje de José Luis Borau, quien la precediera al ocupar el sillón B de la Real Academia Española, después de Emilio Alarcos y Fernando Fernán Gómez. El añorado cineasta aragonés se presenta a modo de «Virgilio» o «guion» que marca el sentido de las indagaciones sobre el jesuita. A los preliminares en los que se propone el recorrido simbólico se suman los doce capítulos que conforman *La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián*, por medio de los cuales se van desentrañando diferentes aspectos que revisten de inmortalidad todos y cada uno de los libros del belmontino. Aurora Egido echa mano de un inmenso abanico de autores y obras, sin límites espaciales o demarcación temporal: desde el *Timeo* de Platón hasta la poesía de José Ángel Valente o *Los inmortales* de Manuel Vilas (2012) le sirven para conformar las ideas del tiempo y de la muerte según Gracián, a la luz de las visiones que hombres (o escritores) tienen y tuvieron.

Aunque hayan de estudiarse en su contexto, y en cada una de las obras, tópicos como el de la inmortalidad trascienden su manifestación hasta alcanzar el plano general de lo artístico. Debido a que su significado es amplio, metapoético y totalizador, y pone al ser humano en la encrucijada que conforman el placer frente a la virtud, el tema de

Baltasar Gracián. *El Criticón*, anotado y comentado», BFF-2003-06314, 2003-2006; «Baltasar Gracián: crítica textual y estudios filológicos e históricos», HUM2006-09749/FILO, 2006-2009) y al Gobierno de Aragón («Baltasar Gracián y la cultura de su tiempo», H-48).

la búsqueda de la inmortalidad es presentado en todo el conjunto de la obra del jesuita a lo largo del capítulo primero («Gracián *in bivio*», pp. 13-29):

Analizar en las obras de Baltasar Gracián, desde *El Héroe* a *El Crítico*, la evolución que sus juiciosos y discretos caminos iniciales ofrecen posteriormente en el laberinto literario a la búsqueda de la inmortalidad, no deja de conformar a su vez una encrucijada y hasta un laberinto de dudas, mostrando hasta qué punto el sintagma se convierte en paradigma crítico (p. 28).

Aurora Egido adentra al lector en el complejo mundo de los personajes gracianos, cuya humanidad se sitúa en el jardín de senderos que se bifurcan, tan bien plasmado por Borges. Al hilo de la alegoría del *homo viator*, el segundo capítulo («*El Héroe* en la encrucijada», pp. 31-57) se dedica ya a la primera de las obras de Gracián, cada una de las cuales se irá analizando en lo sucesivo. Como quedara dicho en la *Iliada*, «la poesía confiere la gloria a los hombres que celebra» (p. 32), mientras que Gracián materializa, además, los matices añadidos por Curtius a dicha idea, y es que «el poeta que canta las glorias ajenas logra también para sí mismo su propia fama inmortal» (p. 32). En ese marco nos recuerda la autora que los personajes gracianos se dirigen hacia la perdurabilidad de lo bueno en la «elección» del sendero adecuado, que se logra mediante la «discreción». Ejemplo paradigmático es su arquetipo de *El héroe*, en el que se promete infinitud a quienes triunfen en la guerra o en la literatura, o a quienes, cuando menos, aspiren a ello acompañados de valor y de fortuna (p. 45).

De una suerte de espejo de príncipes que escribiera el autor para Felipe IV, *El Político*, nos habla el tercer capítulo («La memoria eterna de Fernando el Católico», pp. 59-68). Fernando II de Aragón y V de Castilla se convierte en este libro de Baltasar Gracián en epítome de la figura de un monarca a quien debían imitar los posteriores. Su ejemplaridad queda trazada en la estela de una tradición literaria e iconográfica a la que se añaden los matices por los que el modelo se encamina a la consecución de la fama inmortal, que el jesuita quiso poner a la altura de los héroes de Homero y Virgilio.

El capítulo cuarto está dedicado a «La corona de *El Discreto*» (pp. 69-84). El libro, que vio la luz en honor del joven príncipe Baltasar Carlos, al igual que sucediera con el *Arte de ingenio*, «ampliaba las posibilidades de alcanzar la fama y eternizarse a mecenas, clérigos, cronistas y nobles de escala inferior a la ponderada en obras anteriores»

(p. 83). Discretos y piadosos cristianos, como Francisco de Borja o el conde de Aranda, van desfilando por sus páginas. Con voluntad pedagógica, Baltasar Gracián reniega del *Quijote* mientras que sienta las bases de «la idea de la escritura como fábrica de la fama, pero de una fama digna, que debe alejarse de pretensiones y costumbres viciosas y viciadas» (p. 78).

«Los hilos de oro del *Oráculo*» (pp. 85-97) constituyen un quinto apartado en que se trata del *Oráculo manual y arte de prudencia*. La autora recuerda que, como se aprecia en otros volúmenes, Gracián no escatimó a la hora de alardear de su propia fama y del alcance internacional de su producción. No le falló la intuición al jesuita, puesto que aquella colección de trescientos aforismos llegó a convertirse incluso, andando los siglos, en un éxito de ventas norteamericano a finales del siglo XX. Si a lo largo de su obra la idea de la sabiduría queda ligada a la eternidad, en el *Oráculo* Baltasar Gracián ofrece sus enseñanzas en abstracto y en pequeñas dosis, por medio de una forma de expresión que garantizaría su perpetuidad. Aurora Egido espiga algunas de aquellas píldoras del saber, que «constituyen un árbol de trescientas ramas, tan diversas como su número, que se nutren siempre de la savia del tronco mayor de la prudencia» (p. 88). Urdiendo una compleja trama de correspondencias, la autora subraya la raigambre clásica de las sentencias gracianas, que tienden su proyección hacia tiempos más modernos, y que plantean así, doblemente, el tema de la perennidad.

Para la innovadora y flamante teoría que surgió del *Arte de ingenio* (1642) y la posterior *Agudeza* (1648) se reserva el capítulo sexto. Bajo el título de «Universalidad de la agudeza e infinitud del ingenio» (pp. 99-112) se analiza a nueva luz el correlato que diera notable reconocimiento al jesuita por su destreza a la hora de codificar los vericuetos de la lengua conceptuosa que tantas suspicacias despertó en su tiempo. Aurora Egido aclara cómo Gracián se circunscribe a sí mismo en el canon que elabora dentro de su *Agudeza y arte de ingenio*, obra en la que, mientras se pretende reducir la infinitud del concepto a una serie de reglas, paradójicamente, se otorga «patente de eternidad» a muchos de los autores que habían destacado en lo conceptuoso. Hechos y dichos memorables e ingeniosos merecen igual consagración, especialmente porque, aderezados con agudeza, unos y otros ganan celebridad, tal y como ilustra Gracián. La autora demuestra de qué manera la alegoría adquiere visos de inmortalidad para el jesuita, según su *Agudeza y arte de ingenio*, toda una «peregrinación bizantina por la escritura» (p. 110).

En «El camino real de *El Comulgatorio*» (pp. 113-140), como libro dedicado al sacramento eucarístico, la dimensión religiosa de la inmortalidad adquiere mayor trascendencia. En él se dibuja un «peregrinaje interior hasta el fondo del alma del comulgante» (p. 115), de larga tradición escrituraria y patrística, cuyas coordenadas poseen una especificidad: «Más que de inmortalidad, esta obra habla de eternidad» (p. 128). Aurora Egido apunta hacia la relación que podría establecer el libro entre la perfección cristiana y la Corona de España, Monarquía Católica, idea novedosa, más aún si tenemos en cuenta que será después cuando el religioso comience a abundar en su práctica de la alegría. Llama la atención sobre un círculo de amistades apenas tratado, en el que se integran, junto con Gracián, la condesa de Aranda y Manuel Ortigas, jesuita que escribió la *Corona eterna*, obra aprobada por Gracián que presenta semejanzas con *El Comulgatorio*. Todo ello contextualizado en el abrigo de la Orden que fundara San Ignacio de Loyola, a cuyo influjo, sin embargo, le imprime el belmontino su personal sello, marcando asimismo una senda que la autora es capaz de proyectar hasta George Steiner.

El que se convirtiera en título central de la producción de Baltasar Gracián, *El Criticón*, lo es también en este libro, puesto que aflora en sus páginas en innumerables ocasiones, dibujando la incuestionable coherencia del proyecto graciano, pero es en los últimos capítulos donde recibe específica y pormenorizada atención. La obra supone un compendio de todas las otras, tal como la autora señala en las primeras páginas de su estudio y demuestra reiteradamente: «El jesuita trazó desde el principio numerosos senderos estéticos y morales que confluyeron finalmente en el camino de la sabiduría representado por *El Criticón*» (p. 27).

Partiendo de la filosofía moral, palpable en la obra de otros autores de su tiempo, como Calderón, construyó Gracián un trayecto simbólico cuyas claves había puesto en práctica e incluso teorizado previamente. Aurora Egido muestra de qué manera el jesuita logra «dinamizar y reinventar» (p. 141) su discurso estético y narrativo en búsqueda de la inmortalidad. La autora trata de los «Laberintos del mundo y del lenguaje» elaborados en *El Criticón*, digno heredero de modelos como la *Divina comedia* de Dante o el *Laberinto de Fortuna* de Juan de Mena (pp. 141-177). Rescata del olvido obras como una alegórica del aragonés Gaspar Bueso de Arnal, con elogio a Cascales incluido, así como numerosos manuscritos de autoría desconocida, fruto de sus lec-

turas en diversas bibliotecas y archivos de España, Francia o Austria, entre otros muchos países. Al mismo tiempo, se amplía el recorrido por el panorama europeo de la escritura de enigmas, códigos cifrados y otros juegos de naturaleza verbal y visual, y se extiende su validez hasta lecturas más recientes, como John Stuart, Pío Baroja, Carmen Martín Gaité o Umberto Eco, e incluso transatlánticas, que derivan, por ejemplo, en Octavio Paz o Gabriel García Márquez.

El camino dificultoso y las encrucijadas de la vida culminan en una omnisciencia equivalente a la eternidad, meta feliz a la que solo puede aspirar el hombre en el momento de su muerte. Curiosamente, tal y como explica la autora en el capítulo undécimo, en *El Criticón* es un ser no civilizado el que también lo consigue gracias a la educación: «Gracián es el primero que hizo a un salvaje inmortal con todas sus consecuencias, demostrando que cada uno es artífice de su propia fortuna» (p. 195). Esos son «Los motivos del salvaje y el camino de la sabiduría» (pp. 179-201), tema interesante que enmarca a Andrenio en una tradición de personajes vinculados con la literatura medieval, las letras hebreas y la cuentística oriental.

Al hilo del tratamiento de la literatura sapiencial por parte del jesuita en el señalamiento de su idea de la inmortalidad, el décimo capítulo retorna a una cuestión que había sido avanzada en las primeras páginas: «La letra de Pitágoras y las alegorías cristianas» (pp. 203-228). Trata de la disyuntiva entre las vías diestra y siniestra hasta llegar a la Isla de la Inmortalidad en *El Criticón*, hacia la cual peregrinan juntamente los personajes y su creador, el propio Gracián. Sus antítesis alegóricas provienen de Virgilio, Platón, Aristóteles, Séneca o Plutarco, pero tienen, además, su reflejo en innumerables trabajos como los de Dante, Juan de Mena, Jerónimo de Urrea, Enrique de Villena o Cervantes. Asimismo, según muestra Aurora Egido, la narrativa caballeresca, más aún en clave espiritual, pudo inspirar aquella oposición de los vicios y las virtudes, de los caminos del bien y del mal, así como la novela bizantina, a la que tanto debe *El Criticón*.

Siguiendo tradicionales enseñanzas, Gracián dividió la vida del ser humano en tres estadios temporales, al igual que su libro, tal cual se reproduce en el capítulo undécimo, «*El Criticón* y las edades del hombre» (pp. 229-322). La primera sección («Primeros vislumbres y afanes», pp. 229-273) trata de la importancia que el juego de nombres y el ocultamiento del verdadero autor pudo conllevar para el reconocimiento de Gracián. Escritores de los que quiso hacerse deudor (Homero,

Séneca, Marcial, Luciano, Apuleyo, Jenofonte, Epicteto, Virgilio, Tácito, Tito Livio, Persio, Juvenal, Heliodoro, Horacio, Erasmo, Ariosto, Boccacini, Barclay) formaron un componente importante de los paratextos de las tres partes de *El Criticón*, que acrisolan el empeño del jesuita por eternizar su nombre por la vía de los preliminares, como hicieran Cervantes y Lope. Aurora Egido se centra en los afanes didácticos de la primera parte de la obra, dedicada a la infancia y juventud, que da comienzo a las andaduras del héroe desde un escenario tan común como el mar de la vida, mientras llama la atención sobre la laicidad de su enfoque. Arte y naturaleza aparecen entrelazados a lo largo de la obra, pues ambos resultan fundamentales en el aprendizaje que conduce hacia el buen vivir, plasmado por medio de la imagen en emblemas, empresas y alegorías morales.

Un aspecto muy relevante de las consideraciones del jesuita sobre la inmortalidad es, como indica Aurora Egido, que en ciertos momentos «Gracián, más que expresar el miedo a la muerte, insiste en el miedo a desaparecer de la memoria de los otros» (p. 269). Todo ello antes incluso de hallarse «En la mitad del camino» (pp. 274-296), tal y como se titula la segunda sección del último capítulo del libro, en el equilibrio y término medio que supone la edad varonil. También la segunda parte de *El Criticón*, dedicada a don Juan José de Austria, marca precisamente el deslinde hacia la madurez humana, cuyas vicisitudes se ponen de manifiesto por medio de una tradición satírica de línea erasmista, aunque también con una notable impronta aristotélica. Critilo aprende en su viaje que la Sabiduría se encuentra en los libros, «garante de una inmortalidad única» (p. 285), a medida que avanza en su alegórico viaje, un motivo heredado de la sátira menipea.

Tras cuatro años de espera, apareció la última parte de *El Criticón*, de la que trata Aurora Egido en la sección liminar del capítulo undécimo («Honos y horros de Vejecia», pp. 296-322), aludiendo a la tercera de las edades del hombre, su senectud. La autora imbrica los orígenes de lo allí contado con la escritura de Boecio, Luciano o Séneca, pero también de autores más cercanos en el tiempo, como Bartolomé Leonardo de Argensola, Cervantes, Quevedo o Tomás de Monzábal. Desde la aprobación de aquel volumen se apunta hacia la noción de eternidad, que tiene diversos enfoques en las sucesivas crisis. El mundo aparece como un conjunto de grafías, por ejemplo, en la crisis cuarta, conformando un paralelismo entre la literatura y la vida: la lectura y el viaje de la existencia se presentan de la mano.

El Criticón es «epítome de todos los laberintos posibles» (p. 310), el de la vida, el de la corte, el de la narración o el estilístico, cuyos recodos se transitan mejor con la ayuda de las páginas que nos ocupan. Todo ello en una búsqueda ascendente de sabiduría y verdad, que culmina en Roma y en la Isla de la Inmortalidad, lograda por el jesuita no en la encarnación de sus hijos, sino de sus obras. Por su importancia reveladora, a modo de *ouróboros* que retoma la obra completa, el último capítulo significa una contribución global en torno a «El enigma de la inmortalidad» (pp. 323-348), y en él Aurora Egido presta especial atención a la última crisis de *El Criticón*, ejemplo de «la lucha permanente de la poesía contra el olvido» (p. 345). Esta, no obstante, culmina con la incertidumbre, «el final sin final» (p. 348) para el laberinto, una página en blanco que representa la ignorancia ante las cuestiones de lo trascendente.

El careo con abundantes obras previas y contemporáneas del autor, pero también posteriores, pone el acento en los visos modernos y originales que presenta la escritura de Gracián, incluso en una cuestión tan tratada y debatida como la inmortalidad. En suma, el volumen que nace como la esencia de un discurso emocionante y emocionado, de tema y estructura muy meditados, constituye una referencia ineludible para los estudiosos de Baltasar Gracián. Este itinerario por la obra del jesuita invita a volver a sus textos, pero ofrece, además, no pocos estímulos para lectores de muy diverso gusto. El libro se erige en un compendio enciclopédico de todo tipo de saberes, en el que a veces el lector pudiera sentirse abrumado por el bagaje que sustenta la obra, pero siempre satisfecho por su admirable capacidad de transmisión. La autora urde un complejo entramado en el que se asientan los arquetipos dibujados por el jesuita, una historia cultural que abarca todo tipo de manifestaciones artísticas, desde el imaginario grecolatino hasta la literatura del XVII, pero también la del XXI, pasando por la iconografía cuya noticia nos han legado cuadros, tapices o grupos escultóricos. Estas más de trescientas páginas constituyen una guía para no perderse y profundizar en los abundantes intersticios del laberinto graciano, que todavía depara sendas interminables, para deleite perpetuo de quienes aman las letras y aperitivo de aquellos que buscan la inmortalidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Egido, Aurora (1986): «El arte de la memoria y *El Criticón*», en *Gracián y su época. Actas, ponencias y comunicaciones*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 25-66.
- (1996): *La rosa del silencio. Estudios sobre Gracián*, Madrid, Alianza.
 - (2000): *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*, Madrid, Castalia.
 - (2009): *El Barroco de los modernos. Despuntos y respuntos*, Valladolid, Cátedra Miguel Delibes.
 - (2014): *Bodas de arte e ingenio. Estudios sobre Baltasar Gracián*, Barcelona, Acanalado.
- Egido, Aurora, Fermín Gil Encabo y José Enrique Laplana, eds. (2003): *Baltasar Gracián. IV Centenario (1601-2001). Actas del I Congreso Internacional «Baltasar Gracián: pensamiento y erudición» (Huesca, 23-26 de mayo de 2001)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»-Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- Egido, Aurora y María del Carmen Marín Pina, coords. (2001): *Baltasar Gracián: estado de la cuestión y nuevas perspectivas*, Zaragoza, Gobierno de Aragón-Institución «Fernando el Católico».
- Egido, Aurora, M.^a Carmen Marín Pina y Luis Sánchez Laílla, eds. (2003): *Baltasar Gracián. IV Centenario (1601-2001). Actas del II Congreso Internacional «Baltasar Gracián en sus obras» (Zaragoza, 22-24 de noviembre de 2001)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»-Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- Gracián, Baltasar (1985): *El Político don Fernando el Católico* [edición facsímil]. Pról. de Aurora Egido, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico»; reimpr.: 2000; 2.^a ed.: 1998.
- (1997): *El Discreto*. Ed. de Aurora Egido, Madrid, Alianza.
 - (2001): *Obras completas. El Héroe. El Político. El Discreto. Oráculo manual y arte de prudencia. Agudeza y arte de ingenio. El Criticón. El Comulgatorio*. Intr. de Aurora Egido. Ed. de Luis Sánchez Laílla, Madrid, Espasa Calpe-Fundación Biblioteca de Literatura Universal.
 - (2001): *El Héroe* [edición facsímil]. Pról. de Aurora Egido, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
 - (2001): *El Discreto* [edición facsímil]. Pról. de Aurora Egido, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
 - (2001): *Oráculo manual y arte de prudencia* [edición facsímil]. Pról. de Aurora Egido, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
 - (2001): *El Criticón*. Ed. de Carlos Vaíllo. Intr. de Aurora Egido, Barcelona, Círculo de Lectores.
 - (2003): *El Comulgatorio*. Ed. de Miquel Batllori y Luis Sánchez Laílla. Intr. de Aurora Egido, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza-Gobierno de Aragón.

- (2003): *El Comulgatorio* [edición facsímil]. Pról. de Aurora Egido, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
 - (2005): *Arte de ingenio. Tratado de la agudeza* [edición facsímil]. Pról. de Aurora Egido, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
 - (2007): *Agudeza y arte de ingenio* [edición facsímil]. Pról. de Aurora Egido, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
 - (2009): *El Criticón* [edición facsímil]. Intr. de Aurora Egido, 3 vols., Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
 - (2010): *El Político don Fernando el Católico*. Intr. de Aurora Egido. Ed. de Luis Sánchez Laílla, Córdoba, Almuzara [D.L., Jaén]-Madrid, Fundación Biblioteca de Literatura Universal.
- Gracián y su época. Actas de la I Reunión de Filólogos Aragoneses* (1986), Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».